

## BURNSIDE SELECTO

# La realidad y los fantasmas

La primera versión de Burnside al castellano revela una poesía en la que se abrazan lo espectral y lo material

**John Burnside**  
*Conjeturas y esperanza. Antología (1988-2008)*

Edición de Jordi Doce  
Pre-Textos, 2012, 406 pp., 30 €

EDUARDO MOGA

En la poesía de John Burnside (Dumferline, Escocia, 1955) —de la que esta antología, al cuidado del poeta Jordi Doce, ofrece una generosa muestra, por primera vez en castellano— se articula un combate singular: entre lo material y lo inmaterial, entre la certeza del ser y la insustancialidad del ser.

Las páginas de *Conjeturas y esperanza* están pobladas de espectros, metáfora de ese conflicto ontológico: figuras fantasmales se asoman a los poemas, o los recorren con desasosegante morosidad; figuras no siempre oscuras: a menudo son ángeles, su contraparte luminosa, aunque igualmente inaprensible. Esta abundancia de seres imprecisos, errabundos, que arrastran una estela de inverosimilitud, contrasta con el minucioso realismo, casi el puntillismo, de las descripciones, que no ahorran datos concretos ni exhaustivas precisiones. Burnside, criado en el amor por el detalle que caracteriza a las literaturas pragmáticas, atiende a lo minúsculo, con frecuencia vinculado a lo cotidiano, a la sucesión de azares domésticos —y, en su caso, rurales— que dibujan el pentagrama de las horas.

El resultado de esta conjunción son escenas muy plásticas, pintadas con una amplia paleta de colores y unos pinceles finísimos, pero cubiertas de pigmentos empalidecidos, de texturas veladas por una bruma de incertidumbre o inmaterialidad. Las visiones fantasmagóricas, que traslucen un íntimo estupor por existir y una invencible incompreensión de la existencia, se incrustan en una realidad inmediata, muy tangible, a veces vulgar. De esa realidad forma parte esencial el paisaje, esa campiña inglesa en la que predominan los verdes y los grises, y, cuando las lluvias aflojan, la policromía restallante de las flores. No es extraño, pues, que menudeen las referencias a la flora y la fauna isleñas —lo que constituye un nada despreciable desafío para el traductor, que Doce ha resuelto con su acostumbrada diligencia— y las escenas



John Burnside

marítimas; de hecho, el motivo central de muchas composiciones es el mar. Burnside describe el sosegado bullicio, el hervor, visible e invisible, de la naturaleza.

Pero este análisis de lo circunstancial no es sólo una forma de aferrarse a eso tan elusivo que llamamos realidad, sino también otro modo de introspección: de analizar el propio yo, habitado, como el mundo, por floraciones extrañas, por ríos que no sabemos adónde se dirigen, por criaturas que merodean sin propósito, por días y noches que se suceden con tozuda gratuidad. Sin embargo, el cultivo de lo concreto —la

mención de la romaza y el pipistrello, de la ulmaria melosa y el ceanoto, del galio blanco y el avetoro— no excusa la visión panóptica, el relato de un cosmos que fluye. Fijarse en lo pequeño suele ser la condición indispensable para definir con exactitud lo grande.

Este inquietante abrazo entre lo espectral y lo material encuentra otras manifestaciones en *Conjeturas y esperanza*. Como si se proyectara también en las costuras de las piedras, en las entretelas de lo más impenetrable o arquitectónico, Burnside hurga en el espacio esquivo, mezcla de presencia y ausencia, de las afueras: en los

entresijos, en las fronteras. Sus poemas hablan de cosas intermedias, inacabadas, siempre en tránsito: gente que camina, que pasa y se aleja, o que entra y sale de los poemas, con aire alucinado, funeral, pero vívidamente rememorativo. La recurrencia de la niebla y la nieve contribuye a dibujar esa atmósfera de deshilachamiento y licuefacción. Abundan las presencias que no llegan a convertirse en amenazas, pero que flotan en el ambiente, inquisitivas.

Los poemas de Burnside rebosan de restos de cosas, de objetos abandonados, como pecios de un naufragio, y de muertos. Así sucede en muchos de

los poemas fracturados, zigzagueantes, de *El baile del manicomio* (2000), escritos a partir de la terrible experiencia que le supuso su estancia en una institución psiquiátrica. Los muertos son, con frecuencia, los de su propia familia, como su padre: figuras espectrales, otra vez, de un mundo turbulento en su feroz inmutabilidad; desapariciones que Burnside considera fascinantes, como en *Sobre un tema de Lucrecio*,

de *La trampa de luz* (2002): esa realidad imperativa de lo que no está, o está yéndose todavía. Todo está impregnado de esa latencia o vaguedad, donde

**Los poemas de Burnside rebosan de restos de cosas, de objetos abandonados, como pecios de un naufragio, y de muertos**

nada es definitivo, ni permanente, pero nada se extingue del todo; también el yo lírico, que se despierta a menudo a medianoche, u observa los sucesos como en un sueño, en una mezcla de delirio y vigilia: una situación en la que confluyen Orfeo, y su musical ahondamiento en lo oscuro, y la mística, que persigue la plenitud por la vía de la anulación.

En el tramo final de su obra, los poemas de Burnside adquieren perfiles más exaltados, al tiempo que profundizan en su dimensión existencial, como en *Si Dieu n'existait pas, il faudrait l'inventer*, de *Canciones de regalo* (2007), en el que resuenan ecos de Claudio Rodríguez — Burnside es un amante de la poesía en español, y en su obra encontramos citas de Jorge Guillén, Juan Ramón Jiménez y Octavio Paz—, o en esta magnífica *Plegaria*: «Dame algo menos / con cada amanecer: / color, una racha de viento, / la perfección de las sombras, // hasta que cuanto halle / lo halle porque estás ahí, / oro en las costuras de mis manos / y la luz de la noche ardiendo». ■